



CAFÉ  
PUERTO RICO

[Francisco López Salamanca]

**Café**

**Puerto Rico**

**Francisco López Salamanca**

Primera edición: agosto de 2023

© Copyright de la obra: Francisco López Salamanca

© Copyright de la edición: Angels Fortune Editions

Código ISBN: 978-84-126725-8-9

Código ISBN digital: 978-84-126725-9-6

Depósito legal: B 11455-2023

Corrección: Juan Carlos Martín

Diseño y maquetación: Cristina Lamata

Edición a cargo de Ma Isabel Montes Ramírez

©Angels Fortune Editions [www.angelsfortunedititions.com](http://www.angelsfortunedititions.com)

Derechos reservados para todos los países.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni la compilación en un sistema informático, ni la transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico o por fotocopia, por registro o por otros medios, ni el préstamo, alquiler o cualquier otra forma de cesión del uso del ejemplar sin permiso previo por escrito de los propietarios del copyright. «Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, excepto excepción prevista por la ley».

*Amor es un fuego escondido, una agradable llaga,  
un sabroso veneno, una dulce amargura...*

***Fernando de Rojas***

*...serán ceniza, más tendrán sentido;  
polvo serán, mas polvo enamorado.*

***Francisco de Quevedo***

# I

Era de dominio público que desde hacía dos años el marqués don Alonso de Medina acudía de vez en cuando al Café Puerto Rico para encontrarse con quien, según se pregonaba sin recato, era su querida, la bella cubana Martirio Galán.

Más frecuentemente lo hacía a la casa que la propia Martirio poseía en una vía discreta, estrecha y sinuosa, que sólo parecía cobrar vida en las escasas tardes en las que los aficionados a las peleas de gallos acudían a un reñidero inmediato.

Previamente, como anuncio convenido de sus visitas, el marqués ordenaba remitir, a uno u otro sitio, una pequeña damajuana nueva, lacrada, de vino dulce de color de ámbar, espeso y aterciopelado, al que consideraba una de las mejores joyas de sus bodegas.

El envío incluía siempre un sobre con algunos billetes de banco y, a veces, una alhaja.

Martirio, que había llegado a esperar aquellos encuentros con una ansiedad que le recordaba los tiempos de su juventud, vestía entonces sus mejores galas y, discretamente provocativa, se colocaba al cuello, sujeto con una cinta del mismo color que el vestido, el corazón de filigrana de oro que él le había regalado un día.

—No quiero que lo consideres el botín de una conquista, sino la prueba de una entrega —le dijo cuando le anudó con manos

temblorosas la cinta, mientras ella se dejaba hacer, levantándose con ambas manos la cabellera para dejar libres el cuello y la nuca.

Algo después del mediodía de aquel 15 de agosto, cuando Martirio pasó por el café, el camarero le presentó como señal la pequeña garrafa de vino. El sobre que la acompañaba contenía una nota con una frase escrita: «*La verdad está a menudo tan cerca que resulta difícil de advertir. Su hallazgo es el encuentro con la liberación*».

El marqués era alto y bien plantado a pesar de sus muchos años. Los llevaba con una prestancia que él consideraba propia de los nobles de sangre antigua, siempre seguros de su superioridad. A lo largo de su existencia, había conocido y sufrido desde la atalaya de su poder las asechanzas de los tradicionales enemigos del alma: el mundo, el demonio y la carne, con los que se batió intensa y prolongadamente en innumerables batallas, muchas veces como contrincante y algunas como aliado. Había vencido en ocasiones, pero perdido casi siempre. Por suerte, decía, nunca resultó mortalmente herido y como viejo superviviente conservaba cicatrices, ninguna de ellas gloriosa, de todas las contiendas.

A bastante distancia en el tiempo, Martirio Galán se acercaba al que podría considerarse el ecuador de su vida. Las miradas de los que alcanzaban a verla cuando acudía al Café Puerto Rico, le daban a entender que resultaba aún bella y atractiva; unas veces por medio del siempre sincero lenguaje de los ojos y otras, con el más explícito de las palabras. En cualquier caso, aunque aparentaba ignorarlo, disfrutaba de aquella especie de triunfo íntimo, puramente femenino, sintiéndose como una fruta deleitosa, en el punto crucial de la sazón.

El marqués consideró providencial el encuentro con ella. En su irremediable naufragio físico, Martirio acudió en su auxilio,

reconociendo el valor de los rescoldos de pasadas perfecciones, ya casi borradas por la edad. Sólo ella consiguió ofrecerle esperanza, rescatarlo del hondón de la vejez.

Plantada como un oasis en la extensa soledad de don Alonso, le aportó ternura y le proporcionó una acogedora seguridad, frente al desconcierto abrumado de los últimos años de la vida. Alivió su desamparo con una compañía tan dulce como el vino escogido que él le enviaba. Le ofreció —y él la aceptó complacido— una renovada ilusión por el porvenir, por un futuro con el que lograba hacerle soñar, aun cuando, desde el horizonte de su edad y del vacío que contemplaba cada vez más próximo, reconociera, en cuanto se alejaba de ella, que todo lo anhelado no era más que un espejismo.

Él procuró agradecerle aquellos momentos iluminados por la ilusión que ella le proporcionaba.

Aquella tarde no quiso entrevistarse con ella, como otras veces, en la sala de la planta baja de su casa, abierta al patio. Prefirió verla en el Puerto Rico.

—Vengo a confesarme —le dijo.

Martirio le respondió con una sonrisa, aceptando una vez más la ofrenda de sus confidencias. Le ayudó a subir las escaleras, hasta llegar a la antesala de la alcoba, la habitación que había pertenecido a su suegra.

Ya en la intimidad, le besó la mano, y ella, echándole los brazos al cuello, le besó largamente en la boca.

Luego, sentado en una mecedora, Martirio le sirvió, casi ritualmente, el oro oscuro de aquel vino perfecto que él le remitía.

Como otras veces, le habló de los futuros posibles que estaba dispuesta a recorrer con él como compañero. Con su acento isleño, Martirio se convertía entonces en una narradora de quimeras. Y

conseguía que don Alonso viviera como si se pudieran tocar con las manos todos sus sueños, incluso los más inalcanzables; lograba transmitirle la ilusión de hacer realidad los más fervientes deseos. Mujer con experiencia en soledades, con el corazón de don Alonso abierto para ella de par en par, halló sus ensueños en el reverso de cada una de sus frustraciones. Y hacia ellos, codiciando hacerlos realidad, se dejaba conducir el marqués, prendido a ella con el lazo fuerte de su cariño.

—Podría usted ser mi padre, don Alonso, sólo que a un padre no se le quiere como le quiero yo —le decía—. Y le besaba y, a veces, le tomaba la mano para acercársela a los senos, rotundos y tersos todavía.

Y untaba con tanta verdad sus palabras que él, sediento de cariño, se aferraba a ellas como un náufrago se abraza a la tabla que le mantiene a flote en medio del mar.

La vejez le había vuelto sentimental y vulnerable. Sólo con ella conseguía sentirse seguro y arrancar a sus pupilas destellos de ternura.

Por eso él acudía a buscarla, al encuentro con su voz, ligeramente ronca, al contacto con su piel sedosa y morena, suavemente teñida por antiguos soles africanos que corrían por su sangre. El marqués la consideraba como su fuente secreta, a la que acudía, sediento, para disfrutar de su regalada frescura.

Ella lo había recibido cargado con lo que la vida le permitía llevar en el viejo zurrón de su alma: el deseo de amarla y de ser amado, como el único medio para liberarse del lastre de muchos años de soledad.

Había elegido aquella tarde para purgar la vieja herida de su corazón, dispuesto a abandonar para siempre el luto rancio con el que revistió su vida; para pedirle que le permitiese vivir a su lado.



Sabía que su decisión iba a ser juzgada en el pueblo como una locura, pero no le importaba: estaba determinado a casarse con Martirio y a hacer realidad el sueño de tocar la nieve, viajar hasta la luz suave de París y llevarla de regreso a su tierra, a la primavera perpetua del trópico, para gozar de los encuentros de sus almas, aquellos que sólo es posible alcanzar en los largos ocasos de la vida de las parejas, cuando, sin querer, son comunes los silencios, coinciden los pensamientos y se elevan al aire, a la vez, las mismas palabras.

Como declaración de amor y símbolo y prenda de su determinación, compró para ella una sortija con una esmeralda limpia, densamente verde como la isla de donde Martirio había llegado —estaba seguro— como un regalo para él.

Antes de mojarse los labios con el vino, don Alonso, ceremoniosamente y en silencio, levantó la copa para admirarlo al contraluz y buscar, como hacía siempre, en su centro, latiendo encendido, el brillo de un topacio oscuro.

—Ojalá fuera posible disfrutar siempre del amor y la belleza —dijo como si hablara para sí mismo.

—El presente es lo que importa —afirmó Martirio.

Y apretó con dulzura las mejillas entre sus manos y le besó de nuevo: primero en la frente, después en los ojos cerrados y luego, sin lujuria, en los labios, dulces aún del vino, sintiéndole subir un calor hondo, como un vaho que comenzaba a hacerle sudar. Ella se confundía:

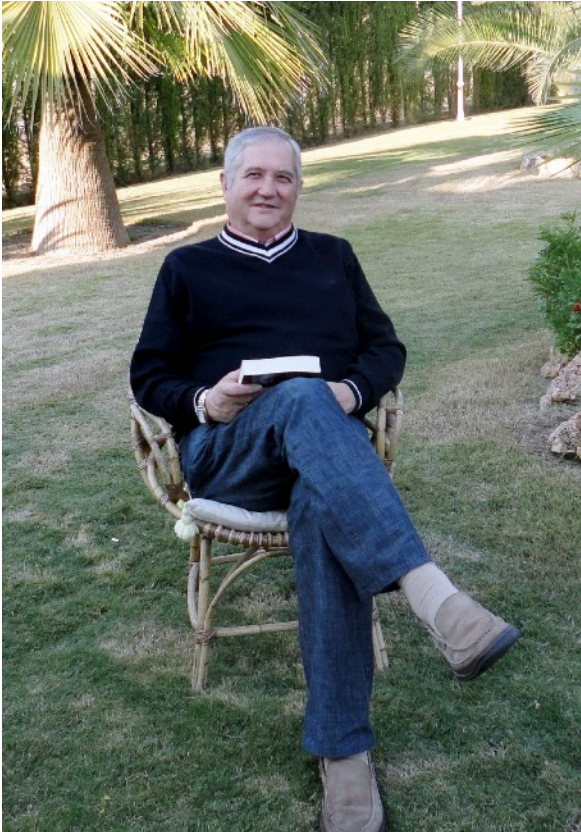
—No me diga usted que se va a poner alegre, don Alonso.

Preso de un dolor desgarrado en lo alto del pecho, el marqués se sintió arrancado súbitamente de la viva luz de la tarde que tamizaban los visillos y, antes de perder la consciencia,

advirtió que se hundía sin remedio en la oscuridad, como si cayera en un pozo.

Con un suspiro hondo, inundado de un cansancio infinito, inclinó la cabeza sobre el pecho, mientras la copa, resbalada de su mano, caía al suelo.

# Acerca del autor



Francisco López Salamanca, cronista oficial de Lucena y miembro correspondiente de la Real Academia de Córdoba, es autor de varios libros de poemas, entre ellos el titulado «Luces», así como, además de «Café Puerto Rico», dos novelas aún inéditas tituladas: «Memorias de Eliossana» y «Siete días de octubre».

Ha dado a conocer parte de su quehacer literario en revistas y otras publicaciones. Su producción teatral, propiciada por una vida dedicada a la enseñanza, ha obtenido varios premios, siendo destacable su labor en el ámbito del teatro infantil y juvenil, con obras como «Esto es Troya» y «Destino el vellocino». Como cronista de su ciudad y académico ha publicado numerosos

libros dedicados básicamente a la historia y al patrimonio artístico local, labor complementada con un gran número de artículos y conferencias.